



Tiendas de ambulancias

Visitemos ahora el gran pabellón desmontable de madera de las «Damas de Francia,» destinado á servir temporalmente de hospital en tiempo de guerra, y de pabellón de aislamiento durante la paz. Esta barraca, que puede contener veinte camas, es el modelo adoptado por la Asociación. El hospital completo, según dice el constructor, comprendería de cuatro á seis barracas semejantes, separadas una de otra por un espacio de 15 metros, habiendo además un pabellón especial para los servicios generales. El conjunto podría contener de 80 á 120 camas; y sería fácil agregar un pabellón destinado para la farmacia, el depósito de ropa blanca y la cocina.

La construcción consta de un solo piso, apoyado en sólidos postes; mide 8 metros de ancho por 28 de longitud; y la sala contiene un cubo de aire de 681 metros; de modo que veinte heridos tendrían cada cual 35 metros cúbicos, cantidad muy superior á la necesaria. Se ha previsto todo para la calefacción, la ventilación y el alumbrado, siendo las paredes dobles á fin de disminuir la acción del calor en los días sofocantes del verano.

El precio de semejante barraca de veinte camas es de 17.000 pesetas, incluso el mobiliario, los aparatos de calefacción, etc., es decir 850 por cama.

La «Sociedad de socorros á los heridos» ha expuesto otras barracas muy dignas de estudio; pero la parte más interesante, á nuestro modo de ver, es el material de las ambulancias: modelos de angarillas de lona montadas sobre ballestas de acero para ir á recoger los heridos en el campo de batalla; cochecitos con almohadones sobrepuestos; coches cocinas; ganchos para suspender las angarillas en carretas rurales; cajas negras más grandes que las cantinas de los oficiales, y enormes cestos cuadrados revestidos de lona embreada. Unas y otras contienen todo el material indispensable para montar instantáneamente un hospital que pueda contener doscientas camas.

Aquí deberíamos abordar la cuestión del transporte de heridos, pero, faltándonos espacio para ello, nos limitaremos á decir que se ha hecho todo lo posible para perfeccionar las angarillas de manera que los infelices á quienes se conduce puedan sostenerse bien en toda su longitud sin que les molesten las traviesas ni los movimientos. El esfuerzo de los especialistas, como el Dr. Bouloumié, se ha consagrado también á la transformación de diversos vehículos en coches de ambulancia, por medio de cuerdas de suspensión que sostienen angarillas. Los mismos procedimientos se aplicaron con buen éxito á los furgones de mercancías, pues los trenes sanitarios contruidos especialmente por los ministerios de la Guerra y Obras públicas, no bastarían, por desgracia, después de una gran batalla.

En resumen, ante los resultados obtenidos, admírase cuanto se ve en esta exposición donde se reconoce que todo se ha previsto, sin dejar nada á la casualidad. La muerte no es de temer cuando se nos hiere de frente y de un sólo golpe; pero el dolor físico es horrible. Pensemos siempre en ello, y sépase que más pronto ó más tarde, miles de hombres que caen defendiendo su patria, bendecirán á los que por su generosidad y previsión hayan dulcificado su desgracia.

DR. JOSEPH-MICHEL

EL PUEBLECILLO PAHUINO

(GABON-CONGO.)



Tejedor aduma

Detrás del Palacio Central de las Colonias, en la Explanada, hállase el grupo de Gabón-Congo, en cuyo centro el pueblecillo pahuino ostenta sus casetas rojizas, con tejadillos trenzados como el cabello de una mujer.

Este pueblecillo, además de la extravagancia de su arquitectura primitiva y de sus materiales de madera más dura que el hierro, tiene una originalidad que seguramente le distingue de todos los demás grupos de esta especie en la Exposición, senegalés, tunecino ó javanés; y es que los naturales que le habitan no son pahuinos.

Los pahuinos son un pueblo sumamente guerrero, siempre en disposición de sustituir el tamboril de sus danzas con el pesado y ruidoso tambor de batalla. A la entrada de sus pueblos, se ve al dios de las luchas y de las matanzas,

espantosa figura de hombre bonachón, tallado en la madera dura, y que á menudo tiene fruncido el ceño: cuando la población válida cree observar esta particularidad, empuña al punto sus largas lanzas, embrazando sus escudos, para invadir el país vecino ó rechazar al invasor.

Por el cambio de marfil obtienen armas y bujerías de vidrio para adornarse; y en los combates adquieren mujeres esclavas, preciosas para distraer su pereza.

Cuando se hubieron trazado los planos necesarios y traído después pieza por pieza del país pahuino (en el Gabón, en las orillas del río Congo) las casetas y chozas, preguntóse á uno de los jefes de esos cazadores de elefantes, si podría facilitar una docena de individuos para ocupar aquel pueblo trasplantado, pero el jefe se negó por temor de que aprovechándose de la marcha de algunos guerreros, los vecinos poco generosos hicieran resonar el pesado tambor de guerra.

Resulta, pues, que no hay pahuinos en el pueblo de su nombre; y en su lugar lo habitan Adumas y Okandés, remeros del Congo francés, que hace ya algunos años están al servicio de la administración y son compañeros de M. de Brazza.

En la visita que les hice, comprendí desde luego que la estricta disciplina se mantendría con mucha dificultad entre aquellos indígenas acostumbrados á las carreras largas y á las aventuras peligrosas. Los hombres, así como los marinos en tierra, no tratan de exhibirse en París, lo cual no conviene á su naturaleza salvaje y guerrera, sino á disfrutar un poco de todo cuanto les rodea.

Esos hombres de ébano, acostumbrados á remar en los ríos, tienen la nostalgia del agua, y ha sido forzoso dejarlos surcar el Sena en piragua á la hora en que no hay mucho movimiento en la navegación, porque la punta de una de sus embarcaciones (larga lanza de madera dura) traspasaría fácilmente un casco de un barco pequeño. Por otra parte, una vez en el agua, esos intrépidos nadadores quisieron pronto conocer el fondo, y á pesar de todos los reglamentos, tomaron algunos baños con su traje familiar.

Prescindiendo de todo esto, los okandas son muy buenos remeros; y los adumas se distinguen además como tejedores de primer orden: han instalado un telar en el pueblo pahuino, y allí confeccionan telas.

Junto á ese pueblecillo pahuino elévase otro de Loango, «cuyas casetas, según dicen las Tablas coloniales, son de todo punto auténticas y están construidas con hojas y tallos de palmera» Según parece, cada jefe de pueblo tiene en el almacén varias de esas casetas desmontadas, que se arman instantáneamente para los visitantes. Las que figuran en la Exposición fueron compradas en Loango por M. Avinenc, que las transportó á Francia, y revelan cierto gusto y comodidad que no se observa en las de los pueblos del interior, como por ejemplo, de los pahuinos.

Debe advertirse que los dos loangos que habitan allí tranquilamente son escultores en marfil, y á decir verdad, en la sencillez de sus trabajos nótese ya un arte singular.

A pesar de sus aficiones artísticas, los loangos son robustos, y sin perjuicio de esculpir el marfil, desempeñan el oficio de faquines, remeros, cocineros ó sastres.

Con la madera roja llamada *oingo*, madera dura que se pulimenta como el mármol, con el ébano, el caucho y el aceite de palmera, el marfil constituye el principal artículo de comercio de los gaboneses; y en la exposición colonial hay algunas muestras de colmillos verdaderamente temibles, figurando entre otros uno de tres metros de longitud por una anchura de 25 á 30 centímetros. Si el marfil sirve para la fabricación de las teclas de piano, la madera oingo se ha utilizado á su vez también muy pronto para fabricar el tablero del instrumento, según se puede ver en el Palacio de las Colonias, donde he visto ídolos extravagantes, entre ellos la figura de un soldado portugués esculpido toscamente en madera de hierro, y á la cual se dirigen en aquel país las súplicas para obtener la victoria: también hay allí lanzas y escudos, castañuelas y tambores.

Seguramente, el día debe ser largo y penoso para esos expatriados; en sus ojos se reconoce una nostalgia vaga, el sentimiento de no estar en sus grandes ríos cubiertos de sombra, el pesar de haber dejado en su lejano país las mujeres negras que los comprendían, y los salvajes fetiches que no los comprenden nunca. Uno de esos indígenas ha muerto en el hospital Necker, y esto es tal vez lo que entristece á los demás...

Mas apenas se oye la primera campanada de las seis, aun en los días en que los salvajes negros han estado tranquilos, nada en el mundo les impediría cerrar sus barreras, pues al fin y al cabo se cansan de ser actores silenciosos de una comedia algo extravagante, y blanco de observaciones ridículas ó pullas insultantes.

Por la noche, en su caseta baja, y descansando tranquilos, esos okandas y adumas piensan tal vez en lo que referirán á los feroces pahuinos que no quisieron venir, y que acaso sientan no haberlo hecho, prefiriendo quedarse allí para tocar el tamtam de guerra y vender por insignificantes bujerías los enormes colmillos de elefantes muertos en aquel país misterioso, turbulento y lleno de atractivo del África central.

EMILIO GOUDEAU

RESÚMEN GENERAL

Ha llegado el momento de resumir nuestras impresiones sobre el gran espectáculo á que hemos asistido, y sobre las enseñanzas que de él se desprenden. En su conjunto, la Exposición de 1889 ha sido una prodigiosa feria internacional. Ya en sus inmediaciones cautivaba la vista una extraordinaria cantidad de construcciones insólitas, análogas á los barracones de una feria, pero todas ellas de silueta gótica ú oriental. Aquí la torre de Nesle, allí la del Temple; más allá el Chatelet, en otra parte la Bastilla, el panorama de Juana d'Arc á modo de fortaleza, el pabellón de los Congolese, de hechura de mezquita. Esta arqueología, de restituciones fantásticas, este exotismo de pacotilla tenían en el fondo una significación para el observador; atestiguaban el notable cambio sobrevenido en el gusto de nuestro pueblo, emancipado por fin de las influencias clásicas y buscando lo pintoresco á toda costa.

Si se entraba en el Campo de Marte, en la Explanada ó en el parque del Trocadero, al punto resonaban por todas partes alegres músicas: ya era una orquesta de tziganos, vestidos de encarnado ó azul llenos de alamares; ya una orquesta rumana, cuyos músicos llevaban blusas blancas con galones negros; ora una serbia toda de blanco; ó guitarristas españoles vestidos de estudiantes del siglo xvii, ó damas rusas tocando polkas ó vienesas rascando valsos. De los innumerables cafés orientales salían redobles de tamboril ó agrios sonidos de cuernos, salvaje acompañamiento de las danzas africanas: en otros puntos vociferaban cantantes de café concierto. Todas las tardes, cuatro bandas militares instaladas en los kioscos hacían oír sus tocatas por encima de todos los ruidos. Cuando se avanzaba por las galerías industriales, llegaba á veces hasta nosotros la voz de un órgano de catedral, interpolada con algún campaneo que producía una especie de sensación religiosa, ó con los martillazos de una contradanza tocada en el piano. Por doquiera contrastes violentos hasta la barbarie, pero una vida intensa, exuberante, difundida, repercutida, multiplicada por sí misma.

La misma diversidad é incoherente hormiguo se advertía en los tipos y en los trajes. El mujik ruso, de túnica azul ceñida á la cintura, se cruzaba en el caucásico de capotón de paño gris azulado, adornado de una doble canana cosida al biés sobre el pecho, y cubierto con un pequeño kolbach. Amarillentos chinos, de ojos oblicuos y cabellos recogidos en una sola y larga trenza, se paseaban con su túnica negra ó azul oscuro, con el paraguas debajo del brazo, y miraban sonriendo á los annamitas de rostro aplastado, á los egipcios, alquiladores de asnos, á los árabes cubiertos con su alborno, y á los tune-cinos llenos de bordados. Veíanse hombres de todo tipo y de toda estatura, vestidos como nosotros y en los cuales conocíamos desde luego á los ingleses, alemanes, españoles, noruegos é italianos. Por el camino, percibíamos sílabas de todos los idiomas. Aquella gente extraordinariamente abigarrada, venida de las cuatro partes del mundo, demostraba un buen humor comunicativo. En ninguna Exposición universal se había visto tan alegres á los visitantes.

Y es que el principal carácter que ha distinguido á la Exposición de 1889 ha sido el popular. Verdad es que tampoco se ha cifrado jamás tanto cuidado en proporcionar su placer al pueblo. Por él se ha dejado abierto todas las noches hasta las once el triple re-

cinto; por él se ha establecido ese inolvidable alumbrado cotidiano de los parques y de las galerías que formará época en la historia de la electricidad; por él se organizaban fiestas con despilfarros de proyecciones eléctricas que caían de lo alto de la torre Eiffel y fuegos artificiales en el Sena; por él se hacían flamear las fuentes como bolas de ponche todas las noches; y por él se prodigaron en todas partes los puestos de vendedores de víveres baratos. Los ricos y los extranjeros invadían los restaurants al anochecer; pero la humilde muchedumbre de parisienses y provincianos y los modestos ciudadanos se sentaban alrededor de las fuentes, al borde de los plantíos para comer tranquilamente un panecillo y un embutido cualquiera.

Ocupándonos ahora de la Exposición desde otro punto de vista, conviene advertir que marca la fecha de nuestra completa emancipación estética: el despego á los gustos impuestos antes por otras naciones ha sido evidente, y principalmente en la arquitectura se ha revelado de un modo ostensible: cada cosa estaba en su sitio normal; los materiales se ostentaban por sí mismos á nuestra vista, y por su yuxtaposición muy franca, en cuadros muy aparentes, siguiendo líneas claramente definidas, contribuían al hermoso aspecto de los edificios. Además los colores escogidos por lo general eran claros y transparentes, brillantes y no chillones, hechos para armonizar entre sí en una vasta unidad. En fin, si se consideraba la ornamentación por el detalle, veíase en muchos puntos, entre no pocas trivialidades, una tendencia muy marcada á caracterizar una industria ó una provincia, no con vagos atributos, sino con asuntos sacados de las producciones de esta provincia ó de las herramientas y productos de esta industria.

No tengo para qué ocuparme nuevamente de la pintura. A pesar de las indecisiones, su marcha de avance es general. Por lo que respecta á la escultura, está ya emancipada en cuanto técnica, pero aun le falta la noción clara de lo que puede expresar. Relativamente á la música y la literatura, la Exposición no nos ha enseñado nada: sólo hemos tenido conciertos destinados á que se lucieran algunas orquestas, y conferencias aisladas, sin plan común, lo cual es sensible, porque hubiera sido muy fácil dar al público reseñas cíclicas sobre todas nuestras artes de cien años acá.

Por lo que hace á las grandes industrias propiamente dichas, la Exposición de 1889 nos ha demostrado su temible potencia. ¡Se necesita tanto hierro, tanto cobre, y tantos metales de todas clases para las obras públicas, para las construcciones nuevas, en que el metal desempeña siempre un papel importante y á las veces preponderante! ¡Es menester tanta hulla para preparar los trabajos metalúrgicos! No sé si las industrias extractivas están uniformemente prósperas, pero su actividad salta á la vista. Por otra parte, la mecánica ha suprimido las pequeñas industrias domésticas: todo se hace hoy con máquina, el tejido de los lienzos lo mismo que el de los paños. En la Galería de máquinas sólo hemos visto aparatos y herramientas perfeccionadas.

Las artes decorativas obedecen hoy á los gustos de refinamiento, racionales ó instintivos, que predominan. Los ricos exigen objetos de mucho valor, raros ó quizás únicos: los humildes piden por lo menos la hermosa apariencia unida á la baratura.

Hace cinco ó seis años era cosa corriente el asegurar que, á partir de 1889, quedaría cerrada la era de esas Exposiciones grandiosas que, en algunas hectáreas de terreno y en ciertas épocas marcadas de antemano, concentran y hacen resaltar los esfuerzos de la civilización universal. No; todavía no está cerrada la era de las manifestaciones merced á las cuales los hombres se aproximan, los pueblos aprenden á conocerse y las situaciones se despejan. Al mismo tiempo que los ricos hacen circular sus doblones, y que los

pobres se regalan con las migajas de los festines, los sabios se reúnen en útiles congresos; se analizan las razones de las cosas y todas las banderas ondean juntas al soplo de las brisas de la paz.

Tal vez exija el lector, antes de terminar, algunos datos estadísticos. Para ello sólo tenemos que consultar los que nos proporciona la policía. Desde el 1.º de mayo hasta el 1.º de noviembre han llegado á París cinco millones de provincianos y millón y medio de extranjeros, distribuidos, según su nacionalidad, del modo siguiente: 225,000 belgas; 38,000 ingleses; 160,000 alemanes; 56,000 españoles; 38,000 italianos; 7,000 rusos; 2,500 suecos y noruegos; 5,000 griegos, rumanos y turcos; 32,000 austriacos; 3,500 portugueses; 12,000 africanos; 8,200 asiáticos; 3,000 oceánicos; 90,000 americanos del Norte y 25,000 americanos del Sur. De los registros oficiales de la Exposición resulta que desde el 6 de mayo hasta el 6 de noviembre hubo veinticinco millones de entradas de pago, lo que deja muy atrás los productos obtenidos en 1867 y 1878. En especial durante los últimos días la afluencia y el movimiento de visitantes excedieron á todo lo imaginable. Añadamos por último que, á pesar del desinterés y de la holgura con que se ha llevado á cabo esta obra, el balance se cierra con un beneficio de unos ocho millones de francos, y que, según cálculos proporcionados, nuestros huéspedes de todos los climas han traído á París, durante este glorioso semestre, mil doscientos cincuenta millones de francos.

